

Maria Norberta Amorim.

Raíces de una vila industrial. As gentes de Ronfe (Guimarães) entre os séculos XVI e XX.

Casa de Sarmiento-Centro de Estudos do Patrimônio, 2023.
ISBN 978-989-54723-3-8

*Ofelia Rey Castelao*¹

La profesora Amorim acaba de publicar una obra, que podemos calificar como magna, dedicada a la población de Ronfe (Guimarães, Portugal) desde el siglo XVI hasta bien entrado el siglo XX. Es un enorme volumen del máximo interés que tiene dos objetivos. El primero es el más académico y en el que se hace el despliegue más científico y el segundo es el más humano, ya que se consagra a la perpetuación de la memoria de una localidad que, más allá de la lectura especializada, servirá para que sus habitantes encuentren sus trayectorias familiares a lo largo de casi tres siglos de su historia. En su introducción, la profesora Amorim, nos recuerda cuál fue el motivo por el que puso su mirada en Ronfe, que no era otro que la observación personal del peso y frecuencia de las familias numerosas en pleno siglo XX, algo que le llamó poderosamente la atención al proceder ella de Azores, en donde la fecundidad era bastante inferior. Así pues, procedió analizar esa característica de Ronfe para ver si era exclusiva o se correspondía con un comportamiento más general, lo que exigía un análisis en profundidad y con una fuerte dimensión comparativa. Para esto solo había una opción metodológica: la reconstitución demográfica de esa parroquia utilizando para ello las fuentes habituales, es decir, los libros de bautizados, casados y difuntos, un proceso sumamente dificultoso que ella diseñó y practicó en su día, con el mérito añadido de que, por aquel entonces, en los años setenta y ochenta del siglo XX, no quedaba otro remedio que hacerlo manualmente. Estábamos lejos por esas fechas de poder construir las formidables bases de datos que hoy nos permite la informática, una técnica que la profesora Amorim y otros demógrafos portugueses en gran medida relacionados con ella han podido realizar. No obstante, uno de los muchos méritos de esta obra es que supera con mucho el periodo cronológico habitual en los trabajos de reconstrucción de parroquias o de familias, casi siempre limitados al siglo XVIII y parte del siglo XIX o, con un poco de suerte y si la documentación lo permite, al final del XVII. Para la segunda mitad del siglo XIX y principios del siglo XX son las dificultades legales de consulta de registros lo que explica que muy raras veces se hayan hecho este tipo de abordajes, a lo que se une la existencia de fuentes más modernas como los censos de población o los registros civiles, que permiten calcular datos sin tener que hacer el esfuerzo que exige el seguimiento de variables demográficas a través de las actas parroquiales.

1 Catedrática de Historia Moderna de la Universidad de Santiago de Compostela

El libro de la doctora Norberta Amorim no se limita, ni mucho menos, al uso de las mencionadas fuentes parroquiales, que son las básicas, sino que ha podido incorporar otros documentos de enorme interés que la han dejado entrar en lo que podemos llamar historia social de la población. Tienen un especial interés los roles de confesados que, en teoría, tenían que ser llevados por los párrocos para controlar el cumplimiento de la confesión y de la comunión pascual, pero que en la práctica se han perdido en muchos lugares, dado que su conservación no era estrictamente obligatoria. Por suerte para Ronfe la autora ha podido utilizar un buen número de ellos, así como la visita de 1771, que, por ser muy sistemática, le ha dado una especie de fotografía de esa localidad que luego se repite en 1842 y 1890. Como es fácil comprender, estas fuentes son esenciales para evaluar, de generación en generación, cuántos residentes en cada momento eran naturales de allí, lo que la profesora Amorim ha denominado índice de enraizamiento. Otra fuente de singular importancia son los libros de traslados de testamentos de 1720 a 1864, una documentación clave para observar la transmisión de los bienes, más allá de su importancia para observar el comportamiento religioso ante la muerte que no es exactamente el objetivo de este libro. Igual de interés o más tienen los inventarios “orfánológicos”, es decir, inventarios de bienes que tenían por objetivo cumplir el imperativo legal de que, cuando moría algún propietario que tenía a uno o más herederos ausentes, discapacitados (“mentecatos”) o menores de edad, se pudiese comprobar y organizar la herencia; se hacían ante testigos y su único problema es que, naturalmente, las clases más desfavorecidas estaban excluidas de hacerlo lo cual deja fuera de control a un porcentaje de la población no irrelevante. También emplea la profesora Amorim las dotes de bodas y lo que se denomina “libro de usos y costumbres” que cada iglesia debía tener custodiado para disponer los bienes del alma y los derechos parroquiales de cada uno de los que se moría. Además de esto, ya para las etapas más tardías, sobre todo para el siglo XIX y principios del siglo XX, la autora utiliza los registros catastrales y de impuestos, además de otros libros complementarios que le permiten dar una visión muy completa de la comunidad de Ronfe a lo largo de un periodo muy dilatado.

El capítulo segundo de la obra está destinado al estudio del espacio, un excelente registro de las características de Ronfe, que tiene su punto clave en las respuestas a una encuesta parroquial hecha en 1842 que el párroco completó con notable prolijidad, de forma que se puede comprobar cuáles eran los caracteres de la población, de qué vivía, cómo se organizaba, etc., aportando datos demográficos. Es en estas páginas en las que hallamos cálculos clásicos como, por ejemplo, la población por lugares, algo fundamental en una zona de hábitat disperso en donde el lugar era la esencia misma de la convivencia dentro de cada parroquia: la comparación de datos de 1740 a 1937 deja ver y verificar la supervivencia a lo largo de todo ese tiempo de la aplastante mayoría de los lugares de la feligresía, es decir, la estabilidad del hábitat. En paralelo, otras fuentes constatan que el 77% de la superficie era agrícola y eso es lo que servía de base para la subsistencia económica de las familias.

El capítulo siguiente se consagra a la población y a los comportamientos demográficos, empezando por la contabilidad de fuegos existentes en la parroquia desde 1527 hasta el censo de 1864 y aún después; se observa así que Ronfe pasó de 85 vecinos en la primera fecha a 210 en 1707, estabilizándose más o menos hasta fines del siglo

XIX, pasando incluso por una fuerte regresión hasta 1920, recuperándose el crecimiento fuerte en los años treinta del siglo XX. Por lo que respecta a los comportamientos de la nupcialidad, la fecundidad y la mortalidad, Norberta Amorim hace un estudio comparativo con otras localidades, lo cual le permite comprobar la relativa estabilidad de estas y un comportamiento que no tuvo grandes alteraciones. Constata así que la elevada tasa de fecundidad que ella misma observaba todavía en el siglo XX, tenía sus bases en la Edad Moderna. En Ronfe, como era muy habitual en el Norte peninsular, la edad de matrimonio de los hombres era sumamente elevada, más de 27 años, y en el caso de las mujeres la cifra era prácticamente la misma e incluso un poco superior, lo que constituye un verdadero sistema de control al crecimiento de la población. Como consecuencia de una edad tan elevada, el número de hijos que se obtiene a través de la reconstrucción demográfica es de cinco, sin embargo, por encima de las otras localidades que ella estudia. También como otros espacios norteños, el celibato femenino era sumamente elevado, del 27,6%, siendo el masculino del 15%: la soltería femenina definitiva diferencial estaba provocada por una relación de masculinidad distorsionada, sin duda alguna motivada por la migración y por la dificultad de acceder al matrimonio. Esto se comprueba también en la elevadísima tasa de filiación ilegítima, que superó el 15% desde fines del siglo XVII a mediados del siglo XVIII y no bajó nunca del 12% hasta mediados del siglo XIX, a lo que habría que añadir el número de criaturas abandonadas que irían a parar al área urbana de Guimarães.

Uno de los capítulos más interesantes de esta parte es sin duda el referido a la movilidad, que se calcula a la perfección después de un proceso sofisticado y delicado de depuración de las fuentes. En este sentido, resulta sorprendente el elevado porcentaje de hombres y mujeres que se fueron de sus casas por motivos de trabajo, llamando la atención sobre todo los menores de diez años, que seguramente iban a parar al trabajo como criados en localidades próximas. Este hecho tenía una relación directa con la distribución social de la propiedad de la tierra y con las dificultades de equilibrio de las familias más pobres, es decir, aquellos que tenían las quintas más pequeñas y que eran insuficientes para mantener a la familia. La ausencia de soluciones de continuidad de la población de esta zona del Minho permite concluir que el mercado de trabajo de todos estos jóvenes que se iban estaba mucho más allá de la propia área miñota. En la segunda mitad del siglo XVIII el 39% de los hombres y el 35% de las mujeres nacidos en Ronfe no murieron en su tierra y esto está claro que se debería a la precariedad del trabajo y de las condiciones económicas. La opción profesional por actividades rurales que se hacían normalmente antes de los veinte años condicionaría la residencia en un área de poco más de 10 km. Por lo que respecta a los criados, a finales del siglo XVII eran el 7% de la población, caen luego moderadamente hasta que en 1860 eran el 3% y en 1890 del 5%. Esto es, a finales de siglo XVIII la comunidad podría contar con un mayor volumen de quintas explotadas por los respectivos propietarios servidos de criados o de criadas, situación que se vería alterada posteriormente. En 1842 la encuesta parroquial ya mencionada revelaba que la mayor parte de los bienes estaban en manos de caseros, viviendo fuera los propietarios de los predios más grandes. Sin duda alguna esta aportación de Norberta Amorim sobre el índice de residencia en Ronfe y su evolución es uno de los aspectos más interesantes.

En cuanto a las tasas de fecundidad constata su estabilidad hasta prácticamente la década de los setenta del del siglo XX y la permanencia de la edad de último parto en más de cuarenta años hasta 1949, ralentizándose luego y bajando en consonancia con otras zonas, aunque más tarde. De hecho, fueron las mujeres nacidas entre 1910 y 1929 las que alcanzaron niveles más altos de fecundidad y se comprueba el desfase de casi medio siglo en relación con los efectos de la contención de natalidad del país que se aliaba con un descenso muy nítido de la edad media de las mujeres a su boda. La mortalidad infantil corregía los efectos de una elevada fecundidad; la dificultad de estudiar los siglos modernos, restringe los datos al siglo XIX, pero aun así se constata que antes de 1929 la mortalidad hasta los siete u ocho años se llevaba a una cuarta parte de las criaturas nacidas, descendiendo a una de cada diez desde 1920.

La segunda parte de la obra se dedica a lo que la profesora Amorim ha titulado modestamente como "aproximación a lo cotidiano" aunque sin duda es bastante más que eso. Partiendo de la encuesta de 1842 y yendo hacia atrás y hacia adelante, analiza el elemento clave de la existencia de las familias y de sus economías en esta zona que era la quinta o el casal, espacios de explotación agrícola con capacidad para cubrir las necesidades básicas de habitación, alimentación y vestido de los trabajadores, aportando excedentes a los propietarios o simplemente permitiendo la supervivencia de un agregado doméstico. En el espacio construido se encontrarían la casa principal, la casa del señor, la casa o casas de los caseros, los establos para los animales (en especial para el ganado bovino), las cuadras para el ganado menudo, las leñeras, los lagares para preparación del vino y, a veces, molinos o aceñas para moler el grano. Este era fundamentalmente el maíz, la producción más importante; después lo era el vino y luego mijo, centeno o habas. La tenencia de esas quintas todavía respondía a una fórmula de raíces medievales, la enfiteusis, un arrendamiento que podía ser perpetuo.

Este capítulo incluye la exposición de los datos de cada una de las quintas, por generaciones, integrando todos los aspectos cuantitativos y cualitativos que hemos mencionado, de tal manera que cada una de las familias de Ronfe podrá encontrar ahí la trayectoria histórica de sus antepasados. Como decíamos al principio, esto es lo que da a este trabajo una dimensión de carácter humano y, sobre todo, de custodia y comprensión de la memoria de la comunidad y de sus habitantes. Este mismo método lo encontramos en el capítulo en el que se desarrolla con magisterio la visita de Ronfe de 1771, en donde se halla toda una clasificación social hecha por el párroco que, aun teniendo algunas deficiencias, permite conocer la geografía social de la parroquia, la estructura de las familias y las raíces de los residentes. Es en esas páginas donde se hace especial hincapié en el estudio del nivel de enraizamiento, tratando de ver los ascendientes y descendientes de cada una de las familias; por lo tanto al igual que en el capítulo anterior, volvemos a encontrar una ficha extensa y cuidada de cada uno de los fuegos; estas fichas incluyen la fotografía de cada una de las unidades documentales, lo cual nos parece de un especial atractivo para los lectores no especializados. Una de las cosas que señala la profesora Amorim y que no es de menor importancia, es que a lo largo de varias generaciones los curas de la Iglesia de Ronfe habrían procedido de una misma familia, lo cual no era nada extraño en el sistema parroquial portugués y, en general, peninsular. Aquella mis-

ma visita de 1771, junto con la visita de 1890, son las que le facilitan hacer un análisis pormenorizado de las estructuras familiares, constatándose la imagen también habitual de una aplastante mayoría de grupos nucleares, el 76,9% en la primera fecha y el 71% en la segunda, repitiéndose más o menos las mismas características entre ambas. La diferencia está en que el número de hogares solitarios cuyo porcentaje bajó de casi el 23% al 9%, a lo que se añade que en 1771 el número de habitantes por fuego era de 3,4 y aumentó 4,2 en 1890: esto también se corresponde con modelos ya conocidos del norte peninsular. Así pues, la riqueza de las dos visitas es lo que permite a Norberta Amorin hacer un excelente recorrido sobre la evolución del sistema familiar y del nivel de enraizamiento de las familias en Ronfe, una localidad donde las posibilidades económicas de variar y cambiar el modelo eran casi inexistentes.

Nos encontramos, en definitiva, ante una obra de enorme magnitud, reveladora de que los métodos clásicos de la demografía histórica, tan difíciles de practicar y tan trabajosos de realizar a cambio de apenas un puñado de datos, pueden aportar las claves de la existencia de las comunidades antiguas, sobre todo si se saben combinar con la dimensión cotidiana y económica de esas comunidades para explicar sus comportamientos. Dicho de otro modo, nos hallamos ante un libro que se corresponde con la historia social de la población, un concepto más amplio y enriquecedor que se ha ido imponiendo en los últimos años. Trabajos como este donde el ejercicio crítico aplicado a las fuentes documentales se lleva al extremo para no cometer sesgos ni alterar lo que debió de ser el comportamiento íntimo de estas poblaciones. Se acompaña esa exigencia metodológica con la comparación constante, que a su vez es la esencia misma de la demostración de que en las comunidades rurales de economías de tipo tradicional predominaba una intensa diversidad, incluso en espacios no muy amplios como era la región del Minho en la que Ronfe se sitúa.

Es de destacar también el esfuerzo editorial que esta obra ha supuesto y que tiene detrás al Centro de Estudos do Património, Casa de Sarmento de Guimarães, y al municipio de esta ciudad. La espléndida presentación del libro en su formato y en la facilidad de consulta son, sin duda alguna, dimensiones relevantes que conviene tener en cuenta, dado que facilitan la lectura de este tipo de obras académicas y, sobre todo, las abre a un público mucho más amplio que el de los lectores especializados hacia los que normalmente dirigimos nuestros trabajos, en apariencia poco atractivos como lo son los de la demografía histórica. Sirva esta reseña para reivindicar la importancia de los estudios de esa especialidad, sin los cuales es imposible comprender las otras dimensiones de la evolución histórica de las sociedades. Incluso es imposible entender e interpretar lo que está sucediendo en estos momentos y los problemas demográficos que arrastran los países de la Europa occidental ya que, como hemos visto, tienen sus raíces profundamente ancladas en los siglos de la Edad Moderna.